



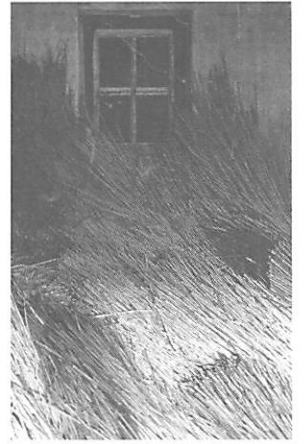
EL LIBRO QUE JAMÁS HA SIDO ESCRITO

Por Jaime Tatem Brache

Los artificios y el candor del hombre

No tienen fin

Jorge Luis Borges



Sorprendido por la lluvia, corrí para refugiarme en la casa verde con persianas blancas que encontré en el camino. Cuando me disponía a tocar, la puerta se abrió sola. Dudé un instante, respiré hondo y atravesé el umbral. Inmediatamente, la puerta se cerró detrás de mí y quedé en penumbras. <<¡Dios mío! -pensé, asustado, mientras recordaba viejas películas de terror-, *ahora solamente falta que me salga el Conde Drácula!*>>. Sin embargo -y para mi suerte-, todo comenzó a iluminarse. Entonces, al final del pasillo, vi a una viejita sentada en una mecedora. Me transmitió paz, y, con la mirada, me invitó a avanzar.

-¡Buenas tardes! -le dije-. Mi nombre es Jaime Tatem Brache. Estoy trabajando en una encuesta que tiene como propósito diagnosticar la situación de la vejez en la República Dominicana, y me gustaría que me respondiera algunas preguntas.

-¡Hola! Siéntate, por favor. Me llamo Hada García... A mí no me vas a encuestar. La lluvia propició nuestro encuentro con otro fin.

-¿Sí? ¿Cuál?

-El principio.

-No entiendo, doña.

-Yo tampoco.

-¿Y entonces?

-Entonces nada o todo. Es lo mismo y da igual.

Tenía un libro entre sus manos. Al parecer, ahí estaba desde siempre. No obstante, ahora era cuando yo reparaba en su presencia. Traté de leer el título; pero las letras no se estaban quietas.

-¿Puedo saber qué lee? -le pregunté, arreglando sobre mis rodillas la carpeta con los formularios de trabajo.

-Un libro interesante.

-¿Y de qué trata?

-Bueno... Voy por el primer capítulo, en el cual un hombre, sorprendido por la lluvia, se refugia en la casa verde con persianas blancas que encuentra en el camino. Va a tocar; pero la puerta se abre sola. Duda un instante, respira hondo y atraviesa el umbral. No bien acaba de entrar, la puerta se cierra y queda en penumbras. <<¡Dios mío! -piensa, asustado, mientras recuerda viejas películas de terror-, *ahora solamente falta que me salga el Conde Drácula!*>>. Sin embargo -y para su suerte-, todo comienza a iluminarse. Entonces, al final de pasi-

llo, mira una viejita sentada en una mecedora. Le transmite paz, y, con la mirada, lo invita a avanzar...

-¡Saludos! -interrumpió una voz detrás de mí.

Giré a la velocidad de un rayo. Era un señor tan viejo, tan viejo, tan viejo que me pareció el abuelo del tiempo.

-Él es Jaime -le dijo la doña.

-Mucho gusto -me dijo el señor-. Yo soy Miguel Almánzar.

-El gusto es mío -le respondí, pensando: "...*debe ser su esposo*".

-Sí, es mi esposo -me confirmó ella, como si hubiese leído mi pensamiento-. Murió hace mucho, y está y no está al mismo tiempo.

-Tranquilo -me dijo don Miguel al notar que los ojos se me desorbitaban-. Soy inofensivo.

Y en seguida, tras el conjuro de sus palabras, me tranquilicé de nuevo.

-Siéntate, Miguel -le dijo ella-, y háblale de El Libro que Jamás ha sido Escrito.

-Háblale tú -dijo él. Y repitió, asombrado, palabra por palabra: ¡El libro-que-jamás-ha-sido-Escrito!

-Sí, ¿qué te sorprende?

-No, que si jamás ha sido escrito, ¿cómo es que lo estás leyendo?

-¡Ah, yo no sé! Pero estoy haciéndolo, o quizás todos lo estamos escribiendo mientras vivimos.

-Pero, Hada, yo estoy muerto.

-Tu bien sabes, Miguel, que la vida y la muerte son una misma cosa.

-¿Qué opinas de todo esto, Jaime? -me pregunto la señora.

-¡Sí, sí que opine él! -dijo el señor.

-Permítame ver el libro -sólo atiné a decir.

Y lo depositó en mis manos y me sumergí en la nada y hablé con múltiples yoés que se hacían y deshacían en espirales de humo y en corredores de piedras y asombros y utopías y celajes y entonces el fuego descendió junto a mí y se transfiguró en un ángel y me tocó los hombros y las sienas carcomidas y me dijo como un trueno **Sólo el amor ha de deshacer la inmensa hojarasca de la Historia** y sacó del aire un lazo verde y lo depositó en mi frente y volví al todo de donde nunca he salido.

Luego del trance, noté que las siguientes páginas estaban en blanco, y supe -conocimiento compartido- que nuestro vínculo venía desde muy lejos. Y en ese instante, como por arte de magia, el libro reapareció en sus manos.

-Es hora de irte -dijo ella mirando al aire.

-¡Adiós! -dijo don Miguel.

-No es a ti -dijo la doña-. Estoy hablando con Jaime.

-¡Ah bueno...!

-¿Y por qué me tengo que ir? -pregunté, ya nostálgico.

-Porque ha cesado la lluvia...

Los ancianos me besaron con las miradas y sentí que no debía resistirme; ese era el curso del río y, por el momento, no era pertinente alterarlo.

Al fondo, la puerta se abrió.

Antes de irte -me pidió don Miguel-, prométenos que volverás algún día.

-Volveré. Lo prometo.

-¿Seguro?

-Seguro -le confirmé, recogiendo mis papeles.

-Volverá -dijo doña Hada, leyendo en El Libro que Jamás ha sido Escrito-, claro que volverá...

•
• •

Hoy he vuelto. Y en lugar de la casa sólo encuentro un terreno baldío. Y los habitantes del lugar –entre incrédulos y risueños- me aseguran que esa casa nunca ha existido, que ellos tienen muchísimo tiempo viviendo aquí y nunca han visto a esos señores.

Santo Domingo, mayo, 1999.

Tatem Brache, Jaime

Nació en Saicedo. Licenciado en Psicología. Ha recibido varios galardones literarios. Poeta, ensayista y narrador de alta valía, aunque lo mejor de su obra permanece inédito. Es Director del Depto. de Ciencias Sociales y Ex-Director de Servicios Estudiantiles de la Universidad APEC.